

MAGISTRORUM LECTIO. UNA LECCIÓN EN EL SIGLO XII

Magistorum lectio. A Lesson in the XIIIth Century

César Raña Dafonte

Universidad de Santiago de Compostela

RESUMEN

Este trabajo presenta una lección impartida por tres maestros de la primera mitad del siglo XII: Honorio de Autún, Hugo de San Víctor, y Guillermo de Conches. Los tres fueron ilustres *magistri* y destacados escritores. La lección versa sobre la importancia de los estudios y la formación intelectual. Está dividida en tres partes, impartida cada una de ellas por uno de los maestros citados.

Palabras clave: Lectio, magister, enseñanza, estudios, siglo XII.

ABSTRACT

This paper presents a lesson given by three master teachers in the first half of the XIIth century: Honorius of Autun, Hugh of Saint Victor, William of Conches. The three of them were *magistri* and leading writers. The lesson is about the relevance of study and intellectual education. It is divided in three parts, and each part was given by one of the three abovementioned master teachers.

Key words: Lectio, magister, teaching, studies, XIIth Century.

INTRODUCCIÓN

In ignorantia quippe positi quasi in tenebrosa regione commorantur (Honorius Augustodunensis, PL, 172, 1243A)¹

Los términos latinos *Lectio* y *Magister* son usados constantemente en el siglo XII. *Lectio* designaba, ante todo, la lectura como una actividad muy recomendada y sumamente valorada. Baste como botón de muestra lo que nos dice un egregio escritor y voraz lector de aquella época, Juan de Salisbury (†1180): «Por otro lado, se recaba siempre de los escritos consuelo en el dolor, descanso en el trabajo, alegría en la pobreza, modestia en las riquezas y placeres. Pues el alma se libra de los vicios, y, aún en las adversidades, goza de una cierta alegría, sorprendente y suave, cuando aplica el entendimiento a leer o escribir cosas útiles. No encontrarás en lo humano ocupación más útil y gozosa».² También el término *lectio* se aplicaba para referirse a la actividad docente. En la enseñanza la lección del maestro era medular, esencial,

1 «En efecto, los que se instalan en la ignorancia son como moradores de una región tenebrosa»

2 Juan de Salisbury, *Policraticus, Prólogo del Libro I*, Madrid, Ed. Nacional, 1983, p. 102.; PL, 199, 386A.

no en vano el primer momento del método escolar era la *lectio*, completado luego con la *quaestio* y la *disputatio*. El término *magister* era también de uso constante en el siglo XII, para designar al docente consolidado. Así se habla de los grandes maestros del siglo: *Magister Petrus Palatinus*, *Magister Bernardus Carnotensis*; por citar sólo a dos maestros paradigmáticos de la época (Pedro Abelardo y Bernardo de Chartres).

En este trabajo voy a recoger una lección impartida por tres reconocidos maestros de la primera mitad del siglo XII: Honorio de Autún, Hugo de San Víctor y Guillermo de Conches. Los tres fueron renombrados docentes en escuelas francesas del momento, y también ilustres escritores. Tenemos la suerte de que sus escritos se conservaron hasta nuestro tiempo. Así podemos dialogar con ellos de algún modo, pues como insistían ya en aquella época: «Deleitable es en muchos aspectos el fruto de los escritos, pero muestra sobre todo su plenitud en que, evitando la dificultad que ofrecen las distancias de tiempo y lugar, hacen mutuamente presentes a los amigos y no permiten la desaparición de todo aquello que es digno de ser conocido».³ Así, yo, sencillamente, voy a hacer de presentador e intérprete de tan ilustres maestros. Ellos nos impartirán la lección.

Dada la misión a que me comprometo, en primer lugar haré una breve presentación de los tres maestros, y después traduciré al castellano los pasajes de sus obras para facilitar la comprensión del original latino. Teniendo en cuenta su claridad expositiva, omito cualquier comentario.

I. PRESENTACIÓN DE LOS MAESTROS

Presento a los autores que nos imparten la lección, siguiendo el orden de su intervención:

- 1 *Honorio de Autún (Honorius Augustodunensis) (1090?-1152)*. Es un personaje de la primera mitad Del siglo XII poco conocido, pues son escasos los datos biográficos. Lo cierto es que fue sacerdote secular y maestro en la escuela catedralicia de Autún en la Borgoña, él mismo nos lo recuerda: «Augustodunensis ecclesiae presbyter et scholasticus».⁴ Después de varios años realizando esta actividad se retiró a una vida tranquila en un monasterio benedictino cerca de Ratisbona. Allí se dedicó a escribir sus numerosas obras, que tienen un gran valor informativo, pues recogen muchos materiales y los ponen a disposición de sus contemporáneos. Sus escritos tuvieron gran difusión en la Edad Media. De sus numerosas obras nos interesa para nuestro objeto un opúsculo titulado *De exsilio et patria animae, alias, De artibus*.⁵
- 2 *Hugo de San Víctor (Hugo de Sancto Victore) (1097?-1141)*. Nació en Hartigan (Sajonia), se educó en un monasterio de canónigos agustinianos de esta región. A los 18 años se fue a París, ingresando en la abadía de San Víctor. Comenzó su tarea docente en 1125 en esta famosa escuela. Desde 1133 hasta su muerte estuvo al frente de la Escuela de San Víctor, llegando a gozar de gran prestigio entre sus contemporáneos. Fue también un escritor muy fecundo e influyente, sobre todo en cuestiones pedagógicas. De sus numerosas obras nos interesa ahora recordar *Didascalion (Eruditionis didascalicae libri VII)*, obra de gran interés para la historia de la pedagogía.

3 Ibid., p101; PL, 199, 385A.

4 Honorius Augustodunensis, *De luminaribus ecclesiae, sive De scriptoribus ecclesiasticis*, Libelus IV, Cap. 17; PL, 172, 232B.

5 La traducción del opúsculo íntegro, así como el original latino, se publica en este número de la Revista, en la sección DOCUMENTOS.

- 3 *Guillermo de Conches (Willelmus a Conchis) (1080-1145)*. Natural de Conches (Normandía), se formó principalmente en la renombrada escuela de Chartres, donde fue discípulo del excepcional Maestro Bernardo. Enseñó en Chartres y París. Excelente maestro de Gramática. También fue escritor prolífico. De sus obras nos interesa ahora *De philosophia mundi libri quattuor (o Summa de quaestionibus naturalibus)*.⁶

II. LECCIÓN QUE NOS IMPARTEN

El tema de la lección a impartir se centra en la conveniencia de los estudios. Podemos titularla: *Importancia de la formación intelectual*. La encuadramos en el marco de la inauguración de un curso académico. La lección consta de tres partes: La primera versa sobre *la utilidad y conveniencia de los estudios*, la segunda parte, sobre *las condiciones y cualidades del buen estudiante*, por fin la tercera parte se centra en la *elección de maestros, selección de alumnos, y el orden del aprendizaje*. Cedamos ya la palabra (en este caso escrita) a los Maestros citados anteriormente.

Primera parte: *Utilidad y conveniencia de los estudios*

Honorio de Autún aborda monográficamente el tema en un opúsculo de gran interés, titulado *De animae exilio et patria, alias, De artibus*. Recojo tan sólo el primer capítulo. Estimo que no se puede desarrollar con más energía y precisión el contenido:

«Cap. 1. *El exilio del hombre es la ignorancia, su patria es la sabiduría, a la que se llega por las artes liberales, como por otras tantas ciudades.*

Así como el pueblo de Dios tenía el exilio en Babilonia y su patria era Jerusalén,⁷ del mismo modo el exilio del hombre interior es la ignorancia y su patria es la sabiduría. En efecto, los que se instalan en la ignorancia son como moradores de una región oscura, por lo que se llaman hijos de las tinieblas (I Tes., 5,5). Por el contrario los que abrazan la sabiduría son como moradores de una región brillante, y por ello se llaman hijos de la luz (I Tes., Loc. cit.). [1243B] El camino desde este exilio hasta la patria es la ciencia. La ciencia versa sobre la naturaleza, y la sabiduría, en cambio, se centra en lo divino. Este viaje no se realiza con pasos corporales, sino con el empuje del amor. En efecto, este camino conduce a quienes se dirigen a la patria, mediante diez artes y los libros que las contienen, y, por así decirlo, a través de otras tantas ciudades y aldeas vasallas. Este número diez es muy simbólico. Pues, por una parte, la ley divina consta de diez mandamientos, y, por otra, la sabiduría mundana se encierra en las diez categorías. Incluso la Iglesia se compara con diez vírgenes;⁸ este número también se establece como base de toda numeración; asimismo, se les promete un denario a los trabajadores de la viña.⁹

⁶ Es de advertir que en la *Patrologia Latina* de J. P. Migne las obras de Guillermo están con las de Honorio de Autún, en el Volumen 172.

⁷ Salmo 136, 1-6

⁸ Cfr. Mat. 25,1

⁹ Mat. 20,2. *Denarius* moneda romana, se deriva de *deni* (diez): moneda de plata de diez «ases» (etimología de «dinero»). [El sistema de numeración decimal es el más usado, tiene como base el número diez, o sea, posee 10 dígitos (del latín *digitus*=dedo) (o símbolos) diferentes (0,1,2,3,4,5,6,7,8,9). El sistema de numeración decimal fue desarrollado por los hindúes, los árabes lo introducen en Europa, donde recibe el nombre de numeración decimal, o arábigo]. No apporto el texto latino, ni más datos sobre el pasaje, porque (como dejo dicho en la nota 5) en este número de la Revista, en la sección DOCUMENTOS se recoge el Opúsculo íntegro con la traducción al castellano.

Segunda parte: *Las condiciones y cualidades del buen estudiante*

Hugo de San Víctor nos informa generosamente sobre estos problemas en su gran obra *Didascalion*. Recojo tan sólo unos capítulos que los presentan muy brevemente. La obra, como sabemos, consta de siete libros. Los capítulos son entresacados del Libro III:

«CAPÍTULO 7.- *¿Qué es necesario para los que estudian?*

[770C] Tres son las cosas necesarias para los que estudian: naturaleza adecuada, ejercicio y disciplina. Por naturaleza se quiere decir que entiendan con facilidad lo que oyen, y también que lo retengan con firmeza. El ejercicio implica cultivar con esfuerzo y constancia el buen juicio natural. La disciplina supone que, viviendo de una manera loable, se armonicen la ciencia y las buenas costumbres. Acerca de estas tres cualidades hablaremos por separado, aunque con brevedad, a modo de introducción.

Existen muchos a quienes la misma naturaleza les niega la inteligencia, hasta tal punto que, incluso aquellas cosas que son fáciles, apenas pueden entenderlas. Entre los cuales se aprecian dos clases: unos, que, aunque no desconocen su estupidez, sin embargo, en cuanto les es posible, se sacrifican con esfuerzo para la ciencia; y sin cesar, [770D] estudiando hasta el agotamiento, lo que menos consiguen como efecto de su trabajo, parece que lo logran con el afecto de su voluntad. En cambio hay otros que, siendo conscientes de su limitación para comprender lo muy difícil, desprecian también conocer lo más sencillo; y, como sintiéndose amparados por su torpeza, además de perder la luz de la verdad de las cosas profundas, huyen de aprender lo más sencillo. De ahí lo que dice el Salmista: «No quisieron entender para obrar el bien» (Sal. 35, 4). Pues una cosa es no saber y otra totalmente distinta no querer saber. Ciertamente el no saber es señal de limitación, pero detestar la ciencia es señal de una voluntad perversa. Existe asimismo otro género de seres humanos, a quienes la naturaleza [771A] ha dotado con una inteligencia muy aguda, y les ha proporcionado una enorme facilidad para el aprendizaje; pero no todos tienen la misma fuerza de voluntad y constancia en el trabajo, y en el cultivo de sus cualidades naturales. Así, hay muchos que, comprometidos de un modo excesivo en los problemas y asuntos materiales, o por su entrega al vicio y al placer, esconden bajo tierra el talento que Dios les concedió y no buscan ganar con el ni el fruto de la sabiduría ni la ganancia de las buenas obras, por lo cual son realmente muy despreciables. A la inversa, a otros la pobreza familiar y la carencia de recursos les obstaculiza su capacidad de aprender. A pesar de todo, creemos sinceramente que a estos poco podemos excusarlos, dado que conocemos a muchos que, soportando hambre, sed y desnudez, obtienen, no obstante el fruto de la ciencia. Porque una cosa es cuando no puedes, o mejor dicho, [771B] no puedes con facilidad aprender; y otra cosa es poder y no querer. Así, pues, como es más encomiable el alcanzar la sabiduría con un gran esfuerzo, careciendo de cualidades; de igual modo, es más despreciable poseer ingenio, abundar en riquezas, y entorpecerse por vagancia.

Los que se dedican al estudio deben poseer inteligencia y también memoria. Estas dos cualidades se complementan de tal forma en toda enseñanza y aprendizaje que, si falta una de las dos, la otra no puede llevar a nadie a la perfección; a la manera que ninguna riqueza puede ser provechosa, en donde falta la custodia; y, en vano protege los almacenes, quien nada tiene que almacenar. La inteligencia adquiere la sabiduría, y la memoria la guarda. La inteligencia es una capacidad que la naturaleza implanta en el alma, por sí misma valiosísima. La inteligencia emana de la naturaleza, con el uso se favorece, con el esfuerzo excesivo se embota, [771C] y con el ejercicio moderado se aguza. Por lo cual con mucha belleza alguien ha dicho: «Por fin quiero que mires por tí; deja el trabajo en el papel, vuela libre por los aires».¹⁰ Dos son las cosas

¹⁰ Tomado de San Agustín, *De musica libri sex*, Lib.II, cap.XIV; PL, 32, 1116. La cita es fiel, aunque no totalmente literal.

que ejercitan la inteligencia: la lectura y la reflexión. La lectura consiste en informarse analizando las obras escritas, teniendo en cuenta las directrices y las normas adecuadas. Hay tres clases de lectura: la del que enseña, la del que aprende, y la del que lee por su iniciativa. Por eso decimos: leo un libro para alguien, o leo un libro por encargo de alguien, o, sencillamente, leo un libro. En la lectura son totalmente necesarios el orden y la moderación.

CAPÍTULO 12. *La memoria*

Considero que en este momento no debemos omitir hablar especialmente de la memoria, porque así como la inteligencia analizando investiga y descubre, la memoria recogiendo lo encontrado, lo guarda. Es necesario, por lo tanto, que aquello que hemos descubierto en el análisis, lo guardemos, confiándolo a la memoria. Recoger consiste en convertir en un compendio breve y significativo todo aquello de lo que hemos discutido [773A], o escrito, con mucha profusión. A esto los antiguos lo llamaban epílogo, es decir, una breve recapitulación de lo dicho con anterioridad. En efecto, cualquier tratado tiene un principio en el que se apoya todo el discurso del tema en cuestión, y al que todo lo demás hace referencia; buscarlo y explicitarlo es lo que se llama sintetizar. Un solo manantial da lugar a muchos riachuelos, y a las sinuosidades de los ríos; descubre el manantial y allí tienes el origen de todo. Te advierto claramente que la memoria del hombre es débil y efímera, y, si se dispersa en muchas cosas, se hace menos fiel en cada una de ellas. Por lo tanto, en todo aprendizaje debemos recoger algo breve y seguro, y guardarlo en los cofrecillos de la memoria, de donde podamos sacar algunas cosas según las necesidades. También te advierto que lo guardado debe recordarse con frecuencia [773B] para que no caiga en el olvido. Por lo cual te suplico, lector, que no te alegres demasiado, si lees muchas cosas, sino alégrate más bien si las entiendes, y no sólo si las entiendes, sino también, si las puedes retener en la memoria. De otra manera no resulta provechoso ni leer mucho, ni siquiera entenderlo. Por todo lo cual, insisto en lo que dije anteriormente: los que se dedican al estudio necesitan inteligencia y memoria».¹¹

Texto latino:

CAP. VII. Quid sit necessarium studentibus.

[0770C] *Tria sunt necessaria studentibus. Natura, exercitium, disciplina. In natura consideratur ut facile audita percipiat, et percepta firmiter teneat. In exercitio, ut labore et sedulitate naturalem sensum excolat. In disciplina, ut laudabiliter vivens, mores cum scientia componat. De his tribus per singula modo introductionis pauca perstringemus.*

CAP. VIII. De ingenio et memoria, quae duo pertinent ad naturam.

Multi sunt, quos ipsa adeo natura ingenio destitutos reliquit, ut ea etiam quae facilia sunt, intellectu vix capere possint, et horum duo genera esse videntur. Nam sunt quidam, qui licet suam hebetudinem non ignorent, eo tamen quo valent conamine ad scientiam anhelant; et indesinenter [0770D] studio insudantes, quod minus habent effectum operis, obtinere videntur affectu voluntatis. Ast alii quoniam summa se comprehendere nequaquam posse sentiunt, minima etiam negligunt; et quasi in suo torpore securi quiescentes eo amplius in maximis lumen veritatis perdunt, quo minima quae intelligere possent, discere fugiunt. Unde Psalmista: Noverunt, inquit, intelligere ut bene agerent (Psal. XXXV). Longe enim aliud est nescire atque aliud nolle scire. Nescire siquidem infirmitatis est; scientiam vero detestari, pravae voluntatis. Est aliud genus hominum, quos admodum [0771A] natura ingenio ditavit, et facilem ad veritatem veniendi aditum praestitit; quibus, etsi par sit valetudo ingenii, non eadem tamen omnibus virtus aut voluntas est per exercitia et doctrinam naturalem sensum excolendi. Nam sunt

11 PL, vol. 176 (Las columnas van entre corchetes). Esto vale igualmente para texto latino..

plerique qui negotiis hujus saeculi et curis supra quam necesse sit impliciti aut vitii et voluptatibus corporis dediti, talentum Dei terra obruunt, et ex eo nec fructum sapientiae, nec usuram boni operis quaerunt, quae profecto valde detestabiles sunt. Rursus aliis rei familiaris inopia et tenuis census discendi facultatem minuit. Quos tamen plene per hoc excusari minime posse credimus, cum plerosque fame, siti, nuditate laborantes, ad scientiae fructum pertingere videamus. Et tamen aliud est cum non possis, aut ut verius [0771B] dicam, non facile possis discere, atque aliud posse et nolle scire. Sicut enim gloriosius est, cum nullae suppetant facultates, sola virtute sapientiam apprehendere, sic profecto turpius est vigere ingenio, divitiis affluere, et torpere otio.

Qui doctrinae operam dant, ingenio simul et memoria pollere debent, quae duo in omni studio et disciplina ita sibi cohaerent, ut si desit alterum, neminem alterum ad perfectum ducere possit, sicut nulla prodesse possunt lucra, ubi deest custodia; et incassum receptacula munit, qui quod recondat non habuerit. Ingenium invenit et memoria custodit sapientiam. Ingenium est vis quaedam naturaliter animo insita per se valens. Ingenium a natura proficiscitur; usu juvatur; immoderato labore retunditur, [0771C] et temperato acuitur exercitio. Unde satis eleganter a quodam dictum est: «Volo tandem tibi parcas; labor est in chartis, curre per aera.» Duo sunt quae ingenium exercent: lectio et meditatio. Lectio est, cum ex his quae scripta sunt, regulis et praeceptis informamur. Trimodum est lectionis genus docentis, discentis, vel per se inspicientis. Dicimus enim lego librum illi, et lego librum ab illo, et lego librum. In lectione maxime consideranda sunt ordo et modus.

CAP. XII. De memoria

De memoria hoc maxime in praesenti praetermittendum non esse existimo, quod sicut ingenium dividendo investigat et invenit, ita memoria colligendo custodit. Oportet ergo ut quae discendo divisimus. commendando memoriae ea colligamus. Colligere est ea de quibus prolixius vel scriptum vel disputatum [0773A] est ad brevem quamdam et compendiosam summam redigere, quae a majoribus epilogus, id est, brevis recapitulatio supradictorum appellata est. Habet namque omnis tractatio aliquod principium cui tota rei veritas et vis sententiae innititur, et ad ipsum cuncta alia referuntur: hoc quaerere et considerare colligere est. Unus fons est, et multi rivuli, qui anfractus fluminum sequeris, tene fontem et totum habes. Hoc idcirco dico, quoniam memoria hominis hebes est, et brevitate gaudet, et si in multa dividitur, fit minor in singulis. Debemus ergo in omni doctrina breve aliquid et certum colligere, quod in arcula memoriae recondatur, unde postmodum cum res exigit aliqua deriventur. Hoc etiam saepe replicare, et de ventre memoriae ad palatum revocare necesse est, [0773B] ne longa intermissione obsolescat. Unde rogo te, o lector, ne nimium laeteris, si multa legeris, sed si multa intellexeris, nec tantum intellexeris, sed etiam retinere potueris. Alio qui nec legere multum prodest, nec intelligere. Quare superius me dixisse recolo, eos qui doctrinae operam dant, ingenio et memoria indigere.

Tercera parte: *Elección de buenos maestros, selección de alumnos, y el orden del aprendizaje.*

Guillermo de Conches nos aclara la problemática en su extensa obra *De philosophia mundi*. En esta obra, y en el libro IV le dedica unos capítulos muy elocuentes al tema concreto enunciado:

«CAPÍTULO 37. ¿Qué maestro ha de ser elegido?»

Se ha de buscar como docente, un maestro que no realice su tarea por afán de lucro material, sino que enseñe porque sólo ama la sabiduría. Si un maestro busca su propio prestigio, jamás se esfuerza por conseguir la perfección del discípulo. Por ello sustrae enseñanzas para no ser igualado o superado en su especialidad. Si también enseña por afición al dinero, no le importará lo que dice, con tal de lucrarse. [100A] Es notorio que con frecuencia atraen más las

frivolidades que lo verdaderamente válido. Sin embargo, si un maestro se dedica a la enseñanza por amor a la ciencia, ninguna doctrina hurta por envidia; ni por nada oculta la verdad conocida; ni se marcha, aunque le den la espalda muchos colegas; por el contrario, será vigilante y diligente tanto en su preparación, como en la docencia.

CAPÍTULO 38. *¿Cómo ha de ser el alumno?*

Como discente se ha de elegir a quien no obstaculice la docencia, ni sea soberbio y creído, cuando no es nada; sino más bien quien aprecie al maestro como a un padre, o incluso más que a un padre. Pues, debemos apreciar más a aquel de quien recibimos cosas mayores y más dignas. De nuestro padre recibimos un ser ignorante, del maestro, en cambio, recibimos el ser sabios; lo que es más elevado también es más digno. Por tanto los buenos docentes han de ser más apreciados que [100B] los padres. Pero no sólo es justo apreciar más a los docentes, incluso es muy útil para que sus enseñanzas nos sean atractivas, pues, aceptamos gustosos las palabras de quienes apreciamos. Pues, cuando no amamos a alguien, hasta sus palabras nos suelen desagradar y huimos de ellas, al mismo tiempo que procuramos no imitar a aquellos que no amamos.

CAPÍTULO 39. *¿Cuál es el temperamento adecuado para la instrucción?*

Aunque el temperamento sanguíneo¹² es, sin duda, el adecuado para el estudio, sin embargo, cualquiera puede perfeccionarse en toda disciplina con el esfuerzo, porque la constancia lo consigue todo.

CAPÍTULO 40. *¿Cuál es la edad conveniente para instruirse, y cuándo ha de terminar la tarea?*

Sin duda la adolescencia es la edad adecuada para iniciar el aprendizaje, porque, como dice Platón:¹³ la edad del hombre es semejante a la cera, que si es demasiado blanda no recibe la forma, [100C] ni la conserva; lo mismo pasa si está endurecida. Por lo cual ni la edad demasiado prematura, ni la demasiado avanzada es la conveniente para comenzar el aprendizaje. No obstante el término de la instrucción doctrinal sólo es la muerte; de ahí que habiéndole preguntado a cierto sabio: ¿Cuándo es el final del aprendizaje? Respondió: Cuando termina la vida.¹⁴ Por otra parte, a cierto filósofo nonagenario, próximo a morir, le preguntó un discípulo: ¿Le preocupa la muerte? Pues sí. Y le preguntó a continuación: ¿Por qué razón? Porque ahora he comenzado a aprender.¹⁵

CAPÍTULO 41. *¿Cuál es el orden del aprendizaje?*

Dado que la expresión elocuente es el medio de transmitir toda enseñanza, el orden del aprendizaje requiere que primero se enseñe la elocuencia. Esta consta de tres partes: escribir [100D] y leer correctamente, cosa que enseña la gramática; demostrar todo lo que debe ser probado, y esto lo enseña la dialéctica; en tercer lugar, saber hablar y expresarse con belleza, lo que confiere la retórica. Por lo tanto, hemos de comenzar por la gramática, luego la dialéctica, y después la retórica. Una vez instruidos en estas disciplinas, y, como protegidos por unas armas adecuadas, debemos acceder al estudio de la filosofía, cuyo orden es el siguiente: primero el cuadrivio, es decir, primero la aritmética, luego la música, en tercer lugar la geome-

12 Hipócrates de Cos (460-370 a.C.). Distingue cuatro temperamentos según el predominio de los cuatro humores corporales (líquidos que segrega el cuerpo: sangre, flema, bilis, atrabilis): Sanguíneo (enérgico), flemático (tranquilo), bilioso (mal genio), melancólico (tristón). Como es sabido, este autor eleva la medicina a rango de ciencia.

13 Efectivamente, Platón, en el *Teeteto*, 191c-d, utiliza el símil de la cera para aclarar el aprendizaje (Cfr. Platón, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1979, p.927).

14 Theoph. Ap. Cicerón, Tusc. IV.

15 Val. Máx. lib.VIII, cap. 7, de Solón.

tría, y en cuarto lugar la astronomía. Después el estudio de los escritos divinos; puesto que mediante el conocimiento de las creaturas llegamos al conocimiento del Creador. Al requerirse la gramática para toda materia, nos propusimos hablar de ella, porque, aunque Prisciano diga lo fundamental, sin embargo da algunas definiciones oscuras, ni aclara las razones, ni la invención [101A] de las distintas partes y los distintos acentos. Lo antiguos comentaristas, sin duda, transmitieron bastante bien la cultura literaria, y, muchas veces, con verdad, y asimilaron bien las reglas; pero en la aclaración de los acentos se equivocaron. Por eso, nos propusimos aclarar lo que los antiguos han dejado escaso, y lo que expusieron de una forma oscura, para así con nuestro esfuerzo clarificar de algún modo las razones de lo dicho antes, y también las definiciones de Prisciano. [102A] Ahora bien, búsqese con frecuencia y casi siempre en los comentaristas antiguos la transmisión y la exposición de su gramática, y la aclaración de las reglas. Pero, de lo propuesto anteriormente, es decir, de aquellos temas que no aparecen tratados, ya hemos hablado, siguiendo los compendios, a fin de que el ánimo del lector acceda con más rapidez a otras materias de estudio. Así, finalizamos aquí este extenso libro cuarto»¹⁶

Texto latino:

CAP. XXXVII. *Qualis quaerendus sit magister.*

Talis igitur quaerendus est, qui doceat; qui neque causa laudis, nec spe temporalis emolumentum, sed solo amore sapientiae doceat. Si enim propriam diligit laudem, nunquam discipulum ad sui perfectionem venire desiderat. Subtrahit ergo doctrinam, ne in eo quod plus diligit aequetur vel superetur. Si etiam spe commodi temporalis inductus, doceat, non curabit quid dicat. dum nummum extorqueat. [0100A] Saepe vero plus placent nugae quam utilia. Sed si amore scientiae ad docendum accesserit, nec propter invidiam doctrinam subtrahet; nec ut aliquid extorqueat, veritatem cognitam fugiet, nec si deficiet multitudo sociorum, desinet, sed ad instructionem sui et aliorum, vigil et diligens erit.

CAP. XXXVIII. *Qualis discipulus.*

Ut doceatur vero talis eligendus est qui non sit doctrinae obstrepens, nec superbus, ne videatur aliquid esse, cum nihil sit; qui magistrum ut patrem diligit, vel etiam plus quam patrem. A quo enim majora et digniora accipimus, magis diligere debemus. A patre autem rudes esse accipimus, a magistro autem esse sapientes, quod majus est dignius est. Plus ergo diligendi sunt boni doctores quam [0100B] parentes. Nec tantum justum, ut plus diligentur doctores, sed utile ut sententiae illius nobis placeant, et verba in eo quem diligimus; quia quem non diligimus, saepe etiam nobis verba displicent, illaque fugimus, dum studemus non imitari illos, quos non diligimus.

CAP. XXXIX. *Qualis complexio conveniens sit doctrinae.*

Quamvis vero sanguinea complexio sit habilis ad doctrinam, in omni tamen aliquis perfectus potest esse, cum labore, quia labor omnia vincit.

CAP. XL. *Quae aetas et quis terminus discendi.*

Principio vero doctrinae, adolescentia est conveniens, quia, ut ait Plato, aetas hominis similis est cerae, quae si nimis mollis sit, figuram non recipit, [0100C] rec retinet; similiter si sit dura. Ergo nec nimis tenera aetas, nec nimis dura conveniens est doctrinae. Terminus vero doctrinae est mors; unde quidam sapiens (THEOPH. ap. CIC.; Tusc. IV), cum ab eo quaeretur ita: Ubi est terminus discendi? respondit: Ubi et vitae. Quidam vero philosophus cum nonagenarius moreretur, inquisitus a quodam discipulo suo, an de morte doleret, ait: Sic. Quo interrogante, quare? Quia nunc coepi discere (VAL. MAX. lib. VIII, c. 7, de Solone).

16 PL, vol. 172 (Ya dije anteriormente que esta obra de Guillermo está en PL, con las de Honorio de Autún).

CAP. XLI. *Quis sit ordo discendi.*

Ordo vero discendi talis est ut, quia per eloquentiam omnis sit doctrina, prius instruitur in eloquentia. Cujus sunt tres partes, recte scribere, et [0100D] recte pronuntiare scripta, quod confert grammatica; probare quod probandum est, quod docet dialectica; ornare verba et sententias, quod tradit rhetorica. Initiandi ergo sumus in grammatica, deinde in dialectica, postea in rhetorica; quibus instructi, et ut armis muniti, ad studium philosophiae debemus accedere. Cujus hic ordo est, ut prius in quadrivio, id est in ipsa prius arithmetica, secundus in musica, tertius in geometria, quartus in astronomia. Deinde in divina pagina. Quippe cum per cognitionem creaturae ad cognitionem Creatoris perveniamus. Quoniam in omni doctrina grammatica praecedit, de ea dicere proposuimus, quoniam, etsi Priscianus satis dicat, tamen obscuras dat definitiones, nec exponit causas, nec inventiones [0101A] diversarum partium et diversorum accentuum in unaquaque praetermittit. Antiqui vero glossatores satis bene litteram continuaverunt, et vere plerumque, et bene regulas exceperunt; sed in expositione accentuum erraverunt. Quod ergo ab istis minus dictum est, dicere proposuimus, quod obscure exponere ut ex nostro opere aliquot causas inventionis praedictarum quaerat, et definitionum Prisciani [0102A] expositiones. Ex antiquis vero glossis continuationem, et expositionem litterae ejusdem, et expositiones regularum, et fere et plerumque petat. Sed quoniam de propositis supra, id est de eis quae sunt et non videntur, sectantes compendia diximus, ut animus lectoris alacrior ad caetera discenda accedat, hic quartae partis longitudinem terminemus.

CONSIDERACIONES FINALES

Dado que hemos seguido el discurso de tres maestros del siglo XII, vamos a recoger como colofón unas consideraciones del gran teórico de la enseñanza: Hugo de San Víctor. Por eso le concedemos el honor de clausurar la lección que nos han impartido. Nos va a insistir en algo que considera esencial para el desarrollo de la vida intelectual: la reflexión. Es un tema que le resulta muy entrañable, por ello aflora repetidas veces en su obra magna pedagógica: *Didascalion*. Así, en el libro I, cap. I, escribe: «Hay dos cosas fundamentales para todo aquel que se dedica a la ciencia: la lectura y la reflexión» (*Duae praecipue res sunt, quibus quisque ad scientiam instruitur: videlicet lectio et meditatio*, PL, 176, 741A). En el libro III, cap. VIII con toda brevedad establece: «Dos son las actividades que maduran la inteligencia: la lectura y la reflexión» (*Duo sunt quae ingenium exercent: lectio et meditatio*, Ibidem, 771C). Y, el capítulo XI de este mismo libro se titula: *De meditatione*. En pocas líneas nos aclara el tema. Comienza diciendo: «La reflexión es un pensar asiduo con método» (*Meditatio est cognitio frequens cum consilio*, Ibidem, 772B). Se aprecia que el tema de la reflexión le preocupaba vivamente al Maestro Hugo. Prueba de ello es el opúsculo que le dedicó: *Opúsculo áureo sobre la meditación o sobre las técnicas de meditar (De meditando seu meditandi artificium opusculum aureum*, PL, vol. 176). De él recojo un pasaje que se refiere a la reflexión sobre la vida práctica, que sirva de broche de oro de la magnífica lección recibida:

«La meditación sobre las costumbres considera el fin y el camino en lo que hacemos normalmente. El fin considera hacia dónde se tiende. El camino se fija en descubrir por dónde se llega más fácilmente. En efecto, todo el que pretende algo dirige sus pasos por el camino que lleva a la meta, y, el que sigue el camino más directo, llega antes. Así, hay algunas cosas buenas en las que moverse mucho es adelantar poco. En otras cosas un breve esfuerzo lleva a un gran resultado. Por ello se ha de seleccionar y elegir preferentemente lo más conveniente. Lo más conveniente es lo mejor, y conviene juzgar todas las acciones por sus frutos. Muchos, careciendo de esta discreción, se esforzaron mucho [996C] y progresaron poco, porque tuvieron su mirada mal orientada, tan sólo atenta a lo externo del obrar, y no hacia el interior, en donde

está el fruto de la virtud. Porque se alegraron de hacer cosas grandiosas, más que hacer cosas útiles, y prefirieron aquellas, en las que pudiesen ser admirados, más que corregirse.

También la meditación sobre las costumbres considera ente todo lo que es obligatorio, bien por estar preceptuado, o bien por ser una promesa, y establece que esto es lo primero que se ha de realizar, porque tienen tal valor que el no hacerlas es un delito (pecado). Por lo cual se ha de hacer primero lo que no puede omitirse sin culpa. Después lo voluntario u opcional, si es posible, siempre que no impida lo obligatorio. Hay algunos que se inclinan por lo optativo, porque no se consideran con fuerzas para hacer lo obligatorio. Otros, aunque tienen capacidad para lo obligatorio, aducen una serie de impedimentos de orden voluntario, queriendo lo que no deben [996D].

Asimismo la meditación sobre las costumbres examina dos inconvenientes que han de evitarse en toda buena acción, a saber, la aflicción y la preocupación. La aflicción lleva a la tristeza. La preocupación lleva a la distracción. Por la aflicción se amarga la alegría del ánimo. Por la preocupación se pierde la tranquilidad. Hay aflicción cuando alguien se atormenta con gran impaciencia por cosas que no están a su alcance. La preocupación se da cuando alguien, al realizar cosas de las que es capaz, se atormenta a causa de su falta de paciencia. Así pues, para no amargarse de mala manera el ánimo, se han de aceptar con tranquilidad las limitaciones; y, para no afanarse equivocadamente no hemos de intentar desarrollar nuestras cualidades (posibilidades) sin moderación.

También la meditación sobre las costumbres, con otra consideración, juzga el modo de vivir, haciendo ver, por una parte, que no es bueno apetecer sin resignación [997A] lo que no se tiene y, por otra, que tampoco es bueno despreciar neciamente aquellas cosas que se tienen. Pues, quien desea siempre lo que no tiene, y siente aversión por lo que tiene, ni disfruta del presente, ni siente satisfacción con el futuro. La razón es que descuida lo iniciado antes de rematarlo, y considera antes de tiempo lo que ha de iniciar. Por todo lo cual, lo adecuado es estar conforme con lo positivo que tenemos, y aumentar lo presente con los bienes que vamos adquiriendo, y no rechazarlos por los futuros.¹⁷ La conmutación de los bienes [998A] es, pues, una insensatez; por el contrario, es un cultivo de la virtud, y discurren por camino diverso, los que abandonan lo antiguo por lo nuevo, y quienes se elevan de lo inferior a lo superior. Quien busca, pues, el mero cambio es un soberbio, pero el que desea el progreso es un estudioso (esforzado). Por lo tanto, progresa con toda rectitud, quien es ardiente para lo mejor, de modo que no desprecia lo bueno, y conserva lo anterior mientras conquista lo posterior a su debido tiempo».

Texto latino:

«Meditatio morum finem et directionem in omni conversatione considerat. Finis est, ad quod tenditur. Directio, qua facilius pervenitur. Omnis enim, qui ad aliquid tendit, secundum aliquid cursum suum dirigit, et qui directius pergit, citius pervenit. Sunt enim quaedam bona, in quibus etiam multum moveri parum est promoveri. Alia compendioso labore fructum magnum adducunt. Et haec ergo discernenda sunt, et eligenda magis, quae magis prosunt. Quaecunque enim magis prosunt, meliora sunt, et omne opus secundum fructum suum judicari oportet. Multi hanc discretionem non habentes, plurimum laboraverunt, [0996C] et parum profecerunt, quoniam oculus habuerunt foris tantum ad speciem operis, et non intus ad fructum virtutis. Gavisi sunt enim magna se facere, magis quam utilia exercere, et dilexerunt potius illa, in quibus videri possent, quam emendari. Item meditatio in moribus primum considerat quae debita sunt, sive ex praecepto sive ex voto, et ea primum agenda judicat, quae sic

17 La cursiva es mía. Pretende resaltar la importancia del texto.

facta habent meritum, ut non facta generent reatum. Haec ergo primum facienda sunt, quae sine culpa dimitti non possunt. Post haec si quid voluntaria exercitatione superadditur, sic faciendum est, ut debitum non impediatur. Alii volunt quod non debent, qui non valent id quod debent. Alii, et si valent quod debent, voluntaria impedimenta adducunt, volendo quod non debent. [0996D] Item meditatio morum duo mala in bona actione praecipue cavenda considerat, hoc est afflictionem et occupationem. Afflictio est ad amaritudinem. Occupatio ad dissipationem. Per afflictionem dulcedo mentis amaricatur. Per occupationem tranquillitas dissipatur. Afflictio est, quando pro his, quae non valet per impatientiam uritur. Occupatio est, quando in his (quae valet) agendis per impatientiam agitur. Ne igitur male amaricetur animus, suam impossibilitatem patienter sustineat: ne autem male occupetur, possibilitatem suam extra mensuram suam non extendat. Item meditatio morum alia consideratione formam vivendi dijudicat probans nec bonum esse ea, quae non fiunt, impatienter appetere, [0997A] nec bonum esse ea, quae fiunt, insipienter fastidire. Qui enim semper quod non facit appetit, et quod facit fastidivit, nec praesentibus fruitur, nec futuris satiatur. Inchoata enim ante consummationem deserit, et inchoanda ante tempus apprehendit. Propterea bonum est bono suo esse contentum, et praesentia bona supervenientibus bonis augere, non pro futuris abjicere.¹⁸ Levitas enim est bonorum commutatio, [0998A] exercitatio autem virtutis, multumque diversa currunt via, qui pro novis vetera abjiciunt, et qui ab inferioribus ad superiora conscendunt. Qui enim mutationem quaerit, fastidiosus est sicut qui profectum appetit, studiosus est. Rectissime ergo incedit, qui sic est fervens ad melius, ut in bono non sit fastidiosus, sed sustineat prius, donec posterius tempore suo apprehendat».

César Raña
cesar.rana@usc.es

Enviado: 21 de junio 2010
Admitido: 1 de septiembre 2010

18 La redonda es mía.